

SOBRE EL LEMA "SABIDURIA"

Carlos Pereda
Facultad de Filosofía y Letras,
UNAM

Quando hablamos de sabiduría, más que a un saber proposicional, teórico, nos referimos a un saber práctico o *saber cómo* actuar de cierta manera (digo "más que" pues, entre ambos saberes, no suele establecerse —acaso nunca se establece— una relación de exclusión sino sólo de acento). No cualquier saber práctico constituye, sin embargo, una forma de sabiduría. Luis Villoro en su libro *Creer, saber, conocer*¹ introduce el concepto de hombre sabio aludiendo a quien en su comportarse "puede distinguir en cada circunstancia lo esencial detrás de las apariencias".²

Una manera de elaborar el saber proposicional consiste en adoptar el punto de vista de la teoría de la argumentación. A partir de este modelo, me propongo introducir el concepto de capacidad de juicio. Siguiendo las tres direcciones que indican los ciclos argumentales, elucidaré los vínculos entre el saber práctico, por un lado, y la oposición entre lo esencial y lo aparente, por otro.

Por lo pronto, la oposición entre lo esencial y lo aparente conforma el *saber cómo* darnos a entender y el *saber cómo* entender a los otros. Ambas actividades implican, de caso en caso, una selección de material. Es habitual que nadie diga todo lo que le pasa por la cabeza, más bien desecha mucho de lo que le viene a la mente de manera que el discurso llegue, del modo más eficaz posible, al receptor. Tampoco nos enfrentamos a los otros dejando que la atención

1. Luis VILLORO, *Creer, saber, conocer*, México, Siglo XXI ed., 1982.

2. *Ibid.*, p. 226

flote de manera indistinta sobre lo que se comunica. En general, tratamos de captar lo básico, el núcleo de lo que se dice; y estas selecciones, tanto de lo expresado como de lo atendido, dependen de cierta capacidad hermenéutica que delata implícita o explícitamente la distinción que, una y otra vez, hacemos entre lo primario y lo secundario, o incluso casual, en lo que decimos y escuchamos. Por otra parte, es común que se discuta esta distinción y se incluya a lo largo del discurso mismo. Aprender a hablar es adquirir una capacidad recursiva: implica aprender a hablar sobre lo que hablamos y hablar sobre lo que hablamos que hablamos, y así sucesivamente. Los diferentes niveles de habla —los diferentes metalenguajes— permiten, al introducirnos en interpretaciones y reconstrucciones, que el propio discurso se vuelva, si tenemos suerte, autocorrectivo: se esencialice.

Pasando a otra dimensión de nuestra oposición, es claro que no sólo cualquier creencia, sino también cualquier experiencia más o menos compleja conduce a la distinción entre lo aparente —llámese ilusión óptica, cualidad secundaria, efecto de superficie, proyección de un deseo, autodecepción o engaño intencionado— y lo que efectivamente es. Muy pronto, en los encuentros más simples con la realidad y, sobre todo en los desencuentros, empezamos a *saber cómo* confiar; un confiar que va a incluir, a veces, la desconfianza activa. Y ello incluso con respecto a los referentes de nuestras experiencias más inmediatas y valiosas: la frente caliente no es inequívocamente síntoma de fiebre; la cercanía de aquella casa es tal vez ilusoria, mejor averiguar en un mapa la distancia exacta; aunque estoy cansado, acaso sea peligroso fiarse de ese desconocido que ofrece llevar mis maletas, etc. Este ejercicio cotidiano en el que usamos nuestra capacidad ontológica encuentra su mejor escuela en las diversas ciencias: para dar cuenta de objetos y sucesos, una ciencia no se limita a inventariar y describir lo dado, busca también explicarlo por medio de hipótesis que a su vez formen parte de teorías más generales, las que hacen pedazos más de una aparente certeza. Así, el científico conjetura detrás de objetos y sucesos observados otros objetos y sucesos que producen estas observaciones: átomo, campo, masa, energía, selección natural, neurona, historia social, historia personal y este mirar por detrás no sólo permite una explicación de los objetos y los sucesos en estudio, sino también la posibilidad de adelantarse a lo que va a suceder, prediciéndolo. Pero este juzgar, repito, es más común, más elemental que los resultados de cual-

quier instrucción articulada: no se necesita de ningún entrenamiento demasiado especial para, en alguna medida, aprender a distinguir el oro de los cartones dorados, mirar con desconfianza la coincidencia, alejarse de la impostura y el truco: lo exige el cumplimiento satisfactorio de cualquier habilidad cotidiana.

Finalmente, la oposición entre lo esencial y lo aparente compromete también nuestra capacidad normativa: *saber cómo* determinar en cada situación lo que importa, apartando lo circunstancial o de relevancia meramente momentánea. Por ejemplo, no habría relaciones humanas si no supiéramos olvidar más de un enojo, o si, a menudo, no reconociéramos a tiempo la futilidad de una venganza. Parte de cualquier aprendizaje consiste en distanciarse de los impulsos inmediatos y proponer planes más o menos elaborados que incluyen descripciones, evaluaciones, cálculos, decisiones; en estos casos estamos frente a una normatividad elemental. Lo relevante en cada situación puede, sin embargo, entrar muchas veces en conflicto con lo que es relevante de manera más general, con lo que básicamente es relevante en nuestra vida. La mirada penetrante y sagaz no pocas veces se pierde entre las hojas y olvida el bosque; lo que en cierta situación importa no coincide tal vez con aquello por lo que vale la pena luchar a largo plazo. Si reflexionamos sobre estos problemas, o cuando elaboramos preguntas como, por ejemplo: ¿qué pasa con nosotros cuando tal o cual situación es el caso? o ¿cómo vivir?, nos encontramos frente a casos de normatividad enfática. Pero la distinción entre normatividad elemental y enfática no debe entenderse como proponiendo dos clases de normatividad, sino más bien como dos polos de un *continuum*.

Atendiendo a los vínculos entre el saber práctico y la oposición entre lo esencial y lo aparente, encontramos tres capacidades: capacidad hermenéutica, capacidad ontológica, capacidad normativa. Estas capacidades se han distinguido por abstracción, y efectivamente no pueden funcionar separadas. Ello se reconoce inclusive en el aspecto del conocimiento de un enunciado elemental: las condiciones de comprensión de un enunciado —el sentido de un enunciado— o se identifican con sus condiciones de verdad, o al menos están en algún sentido vinculadas; y ambas clases de condiciones no dejan, a su vez, de tener relaciones con las condiciones de aseveración, con la fuerza que le otorguemos al enunciado dentro de nuestros discursos. En *saber cómo* interaccionar estas tres capacidades radica precisamente la *capacidad de juicio* (un poco a la manera en

que saber cómo interaccionar la sintaxis, la semántica y la pragmática de un lenguaje constituye la competencia en ese lenguaje). Una definición de sabiduría comienza, entonces, con la siguiente condición:

"Un sujeto S es sabio si (1) S cree y actúa de acuerdo al correcto funcionamiento de la capacidad no específica de juicio J."³

El peso de nuestros juicios puede, sin embargo, variar y grandemente: depende de cómo ejerzamos cada capacidad, de cómo las vinculemos y también sobre qué las ejerzamos. Sospecho que la capacidad de juicio que pone en marcha la sabiduría posee, como dominante en última instancia, el uso enfático de la capacidad normativa.

Retomando el texto de Villoro:

"Algo así queremos significar cuando oponemos una vida "superficial" y "frívola" a otra "profunda". Hablamos de "naturalezas profundas" para aludir a su capacidad de distinguir en la vida "lo que verdaderamente importa"."

Una segunda condición de la definición de sabiduría será, entonces:

(2) la capacidad no específica de juicio J concierne a "lo que verdaderamente importa."

En una formulación más descriptiva (¿o aparentemente más descriptiva?) podemos decir también:

(2') la capacidad no específica de juicio J tiene como dominante la uso enfático de la capacidad normativa.

Se objetará: la definición propuesta constituye un resultado del mecanismo falaz de la falsa precisión. Se enumeran dos condiciones, a cual más oscura y borrosa, que dejan entender que se trata de algo

tal vez exacto, pero que, en realidad, se están enmascarando dificultades. Proponiendo tal definición pasaríamos a pertenecer a esa clase de personas que piensa que, si en lugar de decir:

Pedro cruzó la calle

se afirma:

Un sujeto S de nombre propio "Pedro" cruzó la calle

ganamos mucho en precisión, y acaso, hasta en conocimiento.

Esta clase de objeciones es fatal, sobre todo en dos circunstancias: cuando no se la tiene en cuenta y cuando se la procura responder *ad hoc*, esto es, introduciendo convenciones hasta alejarnos totalmente del concepto que se intenta caracterizar. De esta manera, se acaba pronto jugando con las palabras, produciendo meras estipulaciones. Pero, ¿cómo salir del callejón?

Junto con las definiciones propiamente dichas, otra vía tradicional de elaborar conceptos es la llamada "definición ostensiva", esto es, mediante ejemplos y contraejemplos. Contra estas "definiciones" puede señalarse que en algún sentido presuponen a las primeras o, por lo menos, presuponen alguna clase de reglas, ya que de lo contrario, ¿cómo recoger *estos* ejemplos y *estos* contraejemplos y no *otros*? Sin embargo, esta relación no es de presuposición, sino de "interrelación": entre la definición o regla conceptual y los ejemplos y contraejemplos concretos hay que desarrollar una espiral reconstructiva, en la que, por decir así, algunos ejemplos sugieran un esquema de definición, que a su vez sirva para discutir nuevos ejemplos y contraejemplos, y así sucesivamente. De esta manera quiero elucidar el concepto de sabiduría: a partir de las anotaciones de Villoro sobre la sabiduría, propuse un esquema de definición que, a su vez, es necesario discutir a la luz de nuevos ejemplos y contraejemplos. No se trata, por supuesto, de examinar cualquier contraejemplo posible sino contraejemplos particularmente relevantes, esto es, algunos conceptos que posean condiciones del concepto de sabiduría, pero no todas. (Recuérdese que los contraejemplos relevantes de un concepto son aquellos conceptos que, en algún respecto, pueden confundirse con el concepto en cuestión). Los contraejemplos de hombre sabio que voy a considerar son: el frívolo, el sentimental, el profesional y el fanático.

3. *Ibidem*.

4. *Ibid.*, p. 231

Primero, hay que subrayar que un hombre sabio no es el que se maneja adecuadamente con información variada y nada más, sino quien posee la capacidad de juicio que no reprime distinguir entre lo esencial y lo aparente. Una persona puede disponer de muchas informaciones y manejarlas como un dueño de una casa de antigüedades trata de sus objetos: lo adquiere, los contempla, los cuida y, tal vez, los goza durante un tiempo y, luego, los regala, los vende o los cambia; pero esos objetos no contienen nada de su vida. Una persona que trata así los conocimientos excluye la dominante enfáticamente normativa en sus juicios. Es lo que solemos llamar un "frívolo", un "superficial", un "snob".

Quiero recordar, como segundo contraejemplo de hombre sabio, al romántico, al sentimental, al entusiasta. Esta clase de personas suele vivir entre intensas emociones. Cualquier interés despierta en él pasiones extremas; así, no podemos negar que sus experiencias estén dominadas por consideraciones enfáticamente normativas. Sus vivencias carecen, sin embargo, de juicio, de articulación; no se distingue entre experiencias más importantes y menos importantes; y un ojo que no distingue es un ojo que no ve.

Paso a considerar una tercera clase de contraejemplos conformada por los "profesionales". Villoro, me parece, es ambiguo con respecto a esta clase. Por un lado, se contrasta al hombre sabio con el profesional "teórico", con el científico:

Un científico no es necesariamente un hombre sabio. Porque sabio no es el que aplica teorías, sino enseñanzas sacadas de experiencias vividas⁵

Por otro lado, sin embargo, Villoro parece confundir a veces al hombre sabio con el profesional "práctico", con el técnico, o simplemente con el hombre listo. De esta manera, el concepto de sabiduría tiende a confundirse con contraejemplos como sagacidad, habilidad práctica o destreza:

"¿no hay también, incluso, una sabiduría del mantenimiento del poder o del logro del éxito y la riqueza?"⁶

5. *Ibid.*, p. 226

6. *Ibid.*, p. 231

Y unas páginas más adelante se sugiere como un ejemplo de sabiduría (o por lo menos como una práctica que incluye cierto grado de sabiduría) a quien maneja en una carretera y conoce dónde debe acelerar y dónde tomar con precaución una curva. En cualquiera de estos ejemplos, si bien se dispone de juicio para aplicar adecuadamente el esquema medio-fin, como lo hay en cualquier técnico eficaz, se encuentra en cambio ausente la preocupación enfáticamente normativa. Por el contrario, la eficacia en el uso del esquema medio-fin, que constituye a la argumentación técnica, lamentablemente no pocas veces entra en conflicto con la posibilidad de tener una mirada más abarcadora. Recuérdese la cancelación de horizontes que requiere una especialización profesional. Recuérdese, sobre todo, que tener una experiencia profunda de lo que es un ser humano, de lo que es el otro, de sus complejas necesidades, de su dolor, de sus empeños y alegrías, por lo menos, causa dificultades a los aspectos manipulativos que exige cualquier mantenimiento del poder y suele entrar en franca contradicción con el logro de riquezas. No quiero decir que la sabiduría esté necesariamente reñida con la sagacidad o la habilidad práctica. Al contrario, yo hablaría de sabiduría política; por ejemplo, *sólo* cuando la argumentación política es capaz de mantener la dolorosa tensión entre —para usar un vocabulario kantiano— tratar a los ciudadanos *a la vez* como medios y como fines en sí mismos.

Sin embargo, el vicio mayor —y frecuente— radica en confundir el concepto de sabiduría con una cuarta clase de contraejemplos representada por el hombre de convicciones, por el doctrinario, el fanático. Aunque el siguiente párrafo de Villoro puede interpretarse con mayor generosidad, aquí me interesa acentuar sus peligros:

"Las verdades de la sabiduría pueden abrazarse con una *convicción* intensa. Aunque no se funden en razones universalmente compartidas, la experiencia personal que las sustenta basta para concederles una seguridad, a menudo más firme que cualquier justificación objetiva, sobre todo cuando se refieren a temas de importancia vital para el hombre."⁷

De convicciones intensas y seguras firmezas están empedrados los caminos de la arrogancia, el delirio ideológico y los crímenes más

7. *Ibid.*, p. 227

desenfrenados. Estoy en desacuerdo con quienes en el concepto de sabiduría tachan o eluden el concepto de capacidad de juicio. Sospecho de quien ignora la duda y la necesidad de dar, o al menos darse, argumentos que apoyen sus acciones. Insisto en que también las prácticas son razonables, no sólo las teorías; esto es, también las prácticas pueden respaldarse en la producción de argumentos. Por eso, considero que Villoro en este pasaje usa de una manera demasiado estrecha los conceptos de razones universalmente compartidas y justificación objetiva, cerrándose el camino que abre la argumentación y su exigencia de, por decirlo así, no estar dispuesto a concederle un cheque en blanco a nadie.

Contrariamente al hombre de principios, el hombre sabio seguirá (a menudo sin reconocerlo explícitamente, y es claro, sin tener que formularla en palabras) la consigna del pensar con orden: *Procura que tus creencias y acciones obedezcan el poder de los buenos argumentos, no que los argumentos te obedezcan a tí.*

Al concepto de argumentos que obedecen a un sujeto solemos aludir con la palabra "racionalización": una persona "racionaliza" sus creencias cuando los argumentos en que las respalda no tienen otra base que sus deseos o intereses. Pero, precisamente, es el concepto mismo de argumento el que, al invitarme a considerar mis acciones como si fuesen de cualquiera, me permite que vea el mundo ya no desde la perspectiva de prejuicios, de odios o amores, de diminutas o inmensas penas personales, sino tal cual es. ¿Acaso no es esta experiencia la que, una y otra vez, conmemoran las historias de la sabiduría? Un fervoroso del poder y las riquezas ve a un hombre viejo, a un enfermo o a un cadáver y vacila: ¿tantos esfuerzos y ansiedades valen realmente la pena? Una mujer angustiada corre por una calle y de pronto mira cómo, de un árbol, se desprende, poco a poco, una hoja y piensa: el mundo es algo más que engaño y desesperación. O, más cotidianamente, recuérdese la sensación de ahogo que surge en reuniones de colegas disputándose pequeñas influencias y que se borra con un simple cambio de atención. El hombre viejo, el enfermo, el cadáver, el árbol, aquello que nos permite cambiar de atención son, en estos ejemplos, lo otro que descentra y reubica desde la perspectiva de lo que esencialmente es: desde el punto de vista de cualquiera.

Es posible que se intente introducir la siguiente dificultad: hay cierta tensión en la constitución de nuestra capacidad de juicio entre los argumentos, por un lado, y la experiencia vivida, la sensibi-

lidad, la imaginación, por otro. ¿Por qué subrayo tanto la capacidad de juicio, la obediencia al poder de los buenos argumentos, y desatiendo, en cambio, la percepción afectiva, la dirección de la atención, las posibilidades de la sensibilidad y la imaginación? No tengo por qué aceptar esta objeción, y menos aún, su apoyo en una pseudo tensión. Me limito a responderla con dos argumentos.

Subrayar el papel que debe desempeñar en la vida de una persona y de una sociedad el poder de los buenos argumentos, no implica desatender otras dimensiones. Es claro: nadie aprende a actuar con rectitud sólo a partir de razonamientos, sino también a través de ejemplos. La persona en la que uno se convierta y las acciones que uno realice dependerán de la cantidad y calidad de esos ejemplos, de la experiencia vivida y de la vida social en la cual ésta ha tenido lugar. Por otra parte, así es como nos socializamos en una ciencia, a través de ejemplos, razonamientos y ejercicios que nos integran en una comunidad científica; y de manera similar aprendemos tenis, repostería, música y a pasear en bicicleta, no memorizando principios generales, y mucho menos llevando a cabo vanos cursos de metodología. Sin embargo, apenas abandonamos las acciones elementales y pasamos a prácticas complejas, a menudo se vuelve imprescindible conocer las reglas o leyes que directa o indirectamente actualizan esas prácticas, lo que inevitablemente remite a la argumentación e incluso a las diversas ciencias.

Por otra parte, no sólo necesitamos argumentar cuando las prácticas se complican, sino también y sobre todo, cuando se descubren conflictos. Habitualmente adoptamos nuevas creencias y actuamos basándonos en sentimientos, tradición, autoridad, rutina, vivencias de diferentes clases. No obstante, no pocas veces se tiene la sospecha de que las emociones engañan, de que el ejercicio de cierta tradición o autoridad constituye más bien un abuso de esa tradición o de esa autoridad, de que determinada rutina es inapropiada, que muchas de las que se creían auténticas vivencias sólo son autoengaños. A diferencia del poder de los buenos argumentos, esas otras fuentes de creencias y acciones no son auto-correctivas; y aunque los argumentos pueden conducir a falsas conclusiones, si estamos dispuestos a proseguir su dinámica, tarde o temprano lo descubriremos.

Además, recuérdese que no sólo anoté como contraejemplos de sabiduría tipos de personas que suelen reprimir la argumentación, como el frívolo, el sentimental y el hombre de convicciones, sino

también a tipos de personas que suelen cultivarlas parcial y unilateralmente como los profesionales —el investigador teórico, el técnico, el hombre listo, sagaz—. Si insisto en los vínculos entre la sabiduría y la argumentación, y también entre la sabiduría y las ciencias, es porque tales vínculos tienden a olvidarse. Por ejemplo, cuando se afirma: a) *La sabiduría no se aprende*. Escribe Villoro:

“el sabio no ha sido instruido por escuelas, ni ha seguido una doctrina compartida. La iluminación no es formulación de una teoría explicativa”⁸

Hay, sin duda, diferentes maneras de aprender. Pero es una confusión dar a entender que la sabiduría no se aprende o que su aprendizaje se lleva a cabo de una manera radicalmente diferente a cualquier otro. Por ejemplo, el aprendizaje que convierte a un joven estudiante en un químico incluirá, sin duda, la introducción en el manejo de teorías explicativas pero también de habilidades prácticas, como son los métodos de experimentación. Y la mejor manera —tal vez la única— de aprender a argumentar en química es ejercitando la capacidad de juicio, imitando patrones exitosos de investigación bajo la guía de algún maestro. La experiencia personal desempeña un papel decisivo en cualquier aprendizaje. Por ejemplo, un estudiante de química ejercita su capacidad hermenéutica en relación con la comprensión de hipótesis y teorías, con la interpretación de mediciones y explicaciones, introduciéndose en una comunidad científica. Así también aprendemos criterios de prudencia y formas de vida sabia, a partir de la tradición en la que nos encontramos, en las instituciones de esa tradición y en los contactos personales con los que, afortunada o desgraciadamente, nos vamos conformando. Podemos, pues, referirnos tanto a la ciencia como a la sabiduría, entre otras, desde dos perspectivas. Por un lado, estudiar cómo adquirimos las diversas capacidades que constituyen nuestro juicio, esto es, cómo nos socializamos en el contexto de producción ya sea de la ciencia o de la sabiduría. Por otro lado, también podemos investigar el valor de esos sistemas de creencias o de prácticas que son, en un momento dado, la ciencia o la sabiduría o, en otro lenguaje, su contexto de validación. No obstante, ni la ciencia ni la sabiduría

se agotan en una de estas perspectivas, y es un error contrastar la ciencia con la sabiduría, atendiendo con respecto a la ciencia sólo el contexto de validación y con respecto a la sabiduría sólo el contexto de producción.

Un segundo posible efecto de la oposición entre los conceptos de ciencia y de sabiduría es acaso todavía más desastroso: b) *La argumentación racional es la argumentación científica*.

Estoy seguro de que Villoro desapruueba tal reducción. Me inquieta, sin embargo, que a partir de la oposición entre los conceptos de ciencia y sabiduría se pueda caer en la tentación “positivista” por cierta perversa “división de trabajo” muy común: de un lado se ubica la argumentación racional, cuyo paradigma son las ciencias naturales, y cuya meta-argumentación filosófica es la teoría de la ciencia. Acerca de la “vida” ambas no dicen nada. Del otro lado, se arrumban los gustos personales, los placeres arbitrarios, el reino del prejuicio. De ahí que en nuestra época, junto a la ciencia más desarrollada, como su complemento y cómplice, no es raro toparse con terapias regresivas, ideologías burdas, prensa infantil, gobiernos delirantes: de nueve a seis, trabajando, el profesional representa a personas racionales, y el resto del tiempo, la “vida” lo transforma en un frívolo, un sentimental, un hombre de convicciones, patanes incapaces de entender otra cosa que lugares comunes. La lección material de un individuo no tiene ya conexiones con su lección formal. Racionalidad en el trabajo, irracionalidad en la vida: así nos va.

La sabiduría no está desligada de la argumentación de una época. El culto de la ignorancia nunca ha sido un camino para llegar a ella. Más todavía, sospecho que cada época admite sólo algunas formas de sabiduría que en algún sentido son coherentes con el resto de sus teorías y prácticas más valiosas, por eso, en nuestra época, difícilmente podríamos hablar de una sabiduría que no tuviese alguna relación, en el límite, una relación polémica con las ciencias.

Regresemos a la definición de sabiduría:

Un sujeto S es sabio si (1) S cree y actúa de acuerdo al correcto funcionamiento de la capacidad no específica de juicio J y (2) J tiene como dominante el uso enfático de la capacidad normativa.

A la vez, quiero recordar la definición tradicional de conocimiento (Platón, *Teeteto*, 200e-201ed):

8. *Ibid.*, p. 228

Un sujeto S conoce una proposición p si y sólo si (1) S cree que p, (2) p es verdadera y (3) S estaría completamente justificado en creer que p.

No me interesa examinar en este debate si esta definición de conocimiento es *completa*; supongamos —erróneamente— que lo es; lo que importa subrayar es que *nunca podemos estar seguros* de la realización de por lo menos una de sus condiciones: nadie puede estar absolutamente seguro de que una información sea verdadera, al menos, si esa información tiene algún contenido empírico. Una observación similar puede hacerse en relación con la primera condición de la definición de sabiduría: no tenemos ninguna manera de estar seguros de si un sujeto tiene algo así como una capacidad *no específica* de juicio. Tanto en el concepto de conocimiento como en el de sabiduría nos enfrentamos, pues, a *conceptos lemas*. ¿Cuál es el posible valor de los conceptos lemas si estos incluyen condiciones enfáticamente indecidibles? Una función de los conceptos lemas es, si no me equivoco, fijar el propósito de otros conceptos. Estos últimos, a su vez, se convierten en los *conceptos realizadores* de los conceptos lemas. En relación con el concepto lema "conocimiento", su realizador es el concepto de creencia razonable. Quiero decir: tener creencias justificadas racionalmente es: a) condición necesaria para tener conocimiento (aunque no suficiente) y b) la mejor política para alcanzarlo. Con respecto al concepto de sabiduría, su realizador parecería estar dado por dos conceptos: tener capacidad de juicio y tener preocupaciones enfáticamente normativas. Que podamos predicar ambos conceptos de una persona no equivale, sin embargo, a que podamos decir que esa persona es un hombre sabio. Por ejemplo, un profesional, un científico o un técnico pueden tener una profunda capacidad de juicio en los asuntos que atañen a su competencia. Además, esa misma persona puede tener, simultáneamente, preocupaciones enfáticamente normativas que la lleven al fanatismo. Pero un profesional que fuera de su trabajo es un fanático, no es un hombre sabio. Es precisamente la intersección de los conceptos de capacidad de juicio y de dominancia enfáticamente normativa la que quita al juicio su especificidad y conduce a la sabiduría.

Por otra parte, aunque los conceptos de conocimiento y sabiduría son conceptos lemas, hay entre ellos una diferencia de determinación, por así decirlo, de estabilidad. El concepto de conocimiento es

un lema estable, y aunque abierto a ilimitadas aplicaciones, desde el punto de vista semántico se trata, sospecho, de un concepto cerrado, o al menos, altamente determinado. No, en cambio, el concepto de sabiduría, que será una y otra vez reconstruido correlativamente a la introducción de ejemplos y contraejemplos. Porque así como contraejemplos tales como el frívolo, el sentimental, el profesional y el fanático, en este debate, *vía negativa*, han configurado nuestro concepto de capacidad de juicio no específica y de dominante enfáticamente normativa, y sus vínculos, nuevos ejemplos y contraejemplos permitirán explorar otras posibilidades, incluso posibilidades radicalmente desconocidas, del lema "sabiduría".

CARLOS PEREDA es actualmente Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.A.M. Ha publicado artículos en revistas especializadas en filosofía de Alemania, Estados Unidos y México. Su último trabajo publicado es "En torno a Ortega y Gasset", en la Revista de la UNAM, número correspondiente a diciembre de 1984.